

Discurso del R.P. Theodore M. Hesburgh, C.S.C. -
Universidad Católica Madre y Maestra
Junio 18, 1977

Antes de entrar en materia, por decirlo así, quiero agradecerle sinceramente al Rector de esta Universidad, el Monseñor Agripino Núñez, su muy amable invitación que me permite compartir con todos ustedes esta ocasión tan importante. No es mi primera visita a la República Dominicana y si Dios quiere no será la última.

Además, tengo que pedirles a todos que excusen mi pobre dominio de su bello idioma. Nunca estudié formalmente el español pero de todos modos espero que me comprendan y me disculpen los errores que voy a cometer a diestra y siniestra.

Y ante todo me complace saludar y felicitar calurosamente a todos los graduandos en este momento clave de la vida, en el cual se despiden de la época de los muchos años de preparación intelectual y moral, y ahora se presentan bien formados y dispuestos a entrar en la época de su máxima participación en la vida nacional. Recuerden que el futuro, tanto para ustedes personalmente como para su patria y en efecto para el mundo entero, no siempre va a ser fácil ni automáticamente feliz. En verdad, mientras más progresa el mundo científicamente, tecnológicamente y en otros varios sentidos, tanto más surgen dificultades, disensiones, problemas de toda índole. Pero los grandes problemas requieren y buscan las grandiosas soluciones inspiradas en el amor de Dios, el amor del hombre y el amor de la paz. Recuerden también que ese futuro será suyo. Ustedes tienen una obligación evidente, diría yo una necesidad imperiosa, de contribuir hasta el punto máximo de su potencial para alcanzar la solución y la salvación de su propio futuro.

El momento actual me parece propicio para tratar de definir cómo son - o cómo deben ser - las universidades católicas y cuál es su misión en el mundo de hoy, en el cual la educación secular se ha tomado la delantera hasta el punto casi de poner en la defensiva las instituciones educacionales estrechamente vinculadas a cualquier dogma o religión. En efecto, hay quienes afirman que no hay justificación para la existencia de universidades que se llaman católicas. Quiero analizar rápidamente los varios aspectos del asunto.

Debemos comenzar recordando que la Iglesia ejerció una influencia preponderante en el establecimiento de las primeras grandes universidades en la Edad Media: París, Oxford, Cambridge, Bologna y otras. Estas universidades acudieron a la Iglesia para obtener las licencias o cartas que les iban a garantizar la libertad y la autonomía que en aquel entonces no podían esperar de parte del Estado. El saber humano creció rápido dentro de esas instituciones debido al nuevo ambiente en el cual las ideas se expresaron libremente - y muchas veces en forma conflictiva y hasta turbulenta. La persona que propagaba una nueva idea, sea en el campo de la teología, la filosofía, el derecho o la ciencia, tenía que defenderla ante sus colegas, sin la interferencia de presiones y de poderes que ni crean ni dan validez a la actividad intelectual, uno de los talentos más grandes que recibió el hombre de su Creador.

Esta conjunción medieval de la Iglesia y las universidades iba a sufrir una ruptura violenta en los años después de la Reforma y, en particular, a partir de la Revolución Francesa. Un historiador lo resume así: "Otra pérdida grave fue la desaparición de todas las universidades. Habían sido fundaciones católicas y muchas veces papales. En todas existía una facultad de teología, y toda su vida intelectual

giraba alrededor de esta ciencia clave. Ahora habían desaparecido y, cuando resurgieron como universidades estatales, llegaron a ser academias para la exploración y exposición solamente de verdades naturales. La educación, la formación del intelecto católico en la nueva Europa católica, iba a sufrir enormemente, y la formación religiosa se convertía en algo extra, algo agregado al desarrollo intelectual. Otro efecto dañoso fue que el ritmo de la vida teológica se determinó en los seminarios y no en las universidades. Los líderes del pensamiento católico no serían los pensadores profesionales que produce una universidad sino los técnicos, los que tienen la tarea importante de preparar el clero del futuro, enseñándoles entre otras cosas la teología. El efecto de esta destrucción de las facultades de teología, la desaparición de las antiguas universidades de Salamanca, Alcalá, Coimbra, Bologna, Donai, Louvain y París, es un tema que todavía espera su historiador. Aunque Louvain fue restablecida en 1834, la interacción saludable de los intelectos teológicos de una decena de universidades católicas, fue algo que por desgracia el Siglo XIX nunca iba a tener." (Philip Hughes, A Popular History of the Catholic Church, pags. 225-6, edición de Image Books, 1954)

Estamos tratando hoy de crear grandes universidades católicas, o mejor dicho de crearlas de nuevo. Pero este esfuerzo tiene que desenvolverse en un mundo muy distinto y dentro de un clima de opinión también muy diferente. Además, la universidad como institución se ha evolucionado durante los tiempos modernos en una realidad bien distinta de la que existía antes, incluso hace poco más de un siglo cuando el Cardenal Newman escribió su "Idea de una Universidad." Ese libro clásico ya no es un modelo completo para la universidad católica de hoy. Más aun, uno debe ponderar que el Cardenal Newman nunca alcanzó ni en su propio día el ideal que describió en forma tan convincente.

Newman incorporó unos principios eternos en su "Idea de una Universidad," pero él visualizó una universidad de un tipo completamente diferente en un mundo también enteramente diferente. La pax britannica y las numerosas colonias han sido remplazadas por el Tercer Mundo, mayormente frustrado en su nueva independencia. El mundo principalmente rural del Siglo XIX es ahora principalmente urbanizado. La explosión demográfica casi ha triplicado la población mundial en los últimos cien años. El Concilio Vaticano I ha cedido a Vaticano II. Hemos pasado progresivamente por dos guerras mundiales y toda una serie de guerras menores, sin llegar al fin todavía. Hemos experimentado distintas revoluciones - la industrial, la nuclear, la espacial y la de las comunicaciones. El ecumenismo está suplantando muchas de las antiguas y amargas rivalidades religiosas y culturales. Nunca antes ha habido tanta discusión y acción acerca de los derechos humanos y el desarrollo humano.

No es sorprendente que las universidades hayan reflejado cada vez más todos estos sucesos revolucionarios tanto en sus estructuras como en sus programas. En ninguna otra parte se ha visto este fenómeno en forma más impresionante que en los Estados Unidos. Heredamos el concepto de Newman de la universidad británica como una institución exclusivamente para la docencia, adoptamos del modelo alemán las nociones de los estudios pos-graduados y de las investigaciones y, para complicar aun más la situación, después de la segunda Guerra Mundial hemos elaborado una nueva función universitaria, la de ofrecer servicios a la humanidad a nivel local, provincial, nacional e internacional.

Aparte de esta multiplicación de las metas, la estructura interna de las universidades americanas ha sufrido también bastantes cambios. La libertad y la autonomía todavía forman el corazón de la vida y del espíritu de la universidad en todas partes, pero en Estados Unidos están reforzadas por un sistema de gobierno que incluye diversas capas de

poder: la Junta de Regentes, el profesorado, la administración, los ex-alumnos y el estudiantado. No todos los grupos son iguales en este inquieto equilibrio de poderes, pero cada grupo sí tiene voz y voto. El sistema es bien complicado y dista mucho de ser perfecto, pero de alguna manera ha servido y hasta ahora no se ha encontrado otro mejor.

Todo esto, pues, en los términos más concisos, indica el mundo en el cual está renaciendo la universidad católica de hoy. Hay que recordar que la Iglesia no creó este mundo de la universidad moderna en la forma en que sí ayudó a crear el mundo de la universidad medieval. Además, la Iglesia no tiene la obligación de penetrar en este mundo de la universidad moderna pero, si es que quiere entrar, la realidad y las condiciones de este mundo quedan bien establecidas y hay que aceptarlas y seguirlas. Las condiciones pueden ser complicadas y muy distintas de las reglas bajo las cuales la Iglesia misma funciona. La realidad del mundo universitario a veces puede causar inquietud dentro de la Iglesia, pero toda la gente universitaria en todas partes reconoce esta realidad y acepta estas condiciones como esenciales para cualquier institución que aspira merecer el nombre de universidad en el contexto moderno. Podemos poner adjetivos descriptivos a esta universidad o a aquélla, llamándola pública o privada, católica o protestante, británica o americana, pero la universidad ante todo tiene que ser universidad, o de otro modo los calificativos sólo sirven para describir algo que realmente no es una universidad sino otra cosa.

Aquí quiero mencionar francamente que hay mucha gente dentro y fuera del mundo universitario que no admite la mera posibilidad de una universidad católica. Uno de los críticos más conocidos era el famoso inglés, George Bernard Shaw, quien afirmó bruscamente que una universidad católica es una contradicción en términos. Supongo que él vio la Iglesia

de sus tiempos como una sociedad esencialmente cerrada y la universidad como una sociedad esencialmente abierta. La base de nuestra respuesta a Shaw tiene que ser, naturalmente, que la universidad no deja de ser libre por ser católica. De otra manera parece que no hay respuesta adecuada, pues es de la esencia y definición de una universidad el hecho de mantenerse abierta en todo momento a todas las ideas del intelecto humano, al intercambio libre de opiniones y puntos de vista que puedan ser totalmente opuestos unos a otros. Esto evidentemente requiere una comprensión y una flexibilidad de parte de la Iglesia y de su jerarquía. Sin embargo, es una condición ineludible si queremos participar en el mundo universitario moderno. Si tenemos universidades con completa libertad de pensamiento y expresión, entonces nuestras instituciones van a merecer y a recibir de parte de todos la calificación de universidad. Si no cumplimos con esta condición no estamos formando universidades sino extensiones de los seminarios, organismos y voceros de la Iglesia, sin la posibilidad de entrar en las Grandes Ligas de las universidades de hoy. Tenemos que escoger entre las dos alternativas.

Además, en caso de optar por la alternativa que nos brinda entrada en el exigente mundo universitario moderno, todavía tenemos que satisfacer otro requisito más. Para merecer no sólo la calificación de universidad sino también de universidad católica, hay que introducir por añadidura la dimensión del catolicismo. La enseñanza en general debe basarse en los principios cristianos, y esto particularmente en ciertas ramas intelectuales como la filosofía, la teología, las ciencias sociales, la literatura y otras varias. El elemento humano de la universidad (profesores, administradores, estudiantes y trabajadores) debe presentar al mundo exterior una imagen cristiana, esforzándose por crear en el recinto universitario una verdadera comunidad cristiana.

Sin duda alguna, cualquier universidad católica, siendo una institución académica que goza plenamente de la libertad de expresión y que está basada en los principios cristianos, va a crear dificultades para la Iglesia o para la jerarquía debido a las acciones de un profesor, un administrador o un estudiante - o a una combinación de estos elementos. Es evidente que las universidades no tienen ningún monopolio sobre el abuso de la libertad, pero hay pocas instituciones en este mundo que tanto necesitan del clima de la libertad como las universidades, cualesquier que sean los riesgos. Además, debemos recordar que las universidades, a partir de las primeras que se fundaron en la Edad Media, siempre han sido lugares revoltosos, casi por su naturaleza, puesto que la universidad es donde la juventud llega a su mayoría de edad (muchas veces un proceso muy difícil), lugares donde los problemas de verdadera importancia se discuten libremente y todo tipo de solución se propone, lugares donde todas las cuestiones palpitantes se ventilan, a veces con vientos de fuerza tempestuosa. Más aun, la universidad por naturaleza siempre se ha dedicado en forma única a la crítica de sí misma y de cualquier otra cosa. Yo diría, parafraseando a George Bernard Shaw, que la universidad - católica o no - completamente apaciguada es una contradicción en términos.

La universidad no es del tipo de institución que puede o debe ser gobernada por una autoridad externa. La única autoridad tradicional (y la mejor) para la universidad es la capacidad intelectual. Esta capacidad incluye, especialmente en las universidades católicas, la capacidad filosófica y teológica. Siempre van a surgir ocasiones que ofrecen la tentación de evitar desconciertos silenciando a una persona de opiniones raras o de personalidad excéntrica. La Iglesia y el Estado comparten esta tentación en forma más o menos igual, pero en estos tiempos creo yo que la Iglesia sale menos pecadora. Por la mayor

parte, cuando esta tentación triunfa, sólo resulta en mayores desconciertos para la Iglesia o el Estado, para la educación superior y en particular para la causa de la universidad. Como lo expresó el Cardenal Newman tan elocuentemente: "Los grandes intelectos requieren amplia libertad de acción, no en el campo de la fe sino en el pensamiento. Y en efecto dicha libertad es necesaria para los intelectos menores y todos los intelectos." (Idea of a University, 2a. edición, pag. 475; Londres, 1875)

Cada universidad debe forzosamente aspirar a un mejoramiento continuo, a una norma de excelencia siempre más exigente. Si no busca un crecimiento tal, si no alcanza a lo máximo su potencial, entonces nunca llegará a ser una universidad de primera y se convierte en una universidad en decadencia. En el caso de las universidades católicas, esta búsqueda de la excelencia abarca ciertos requisitos especiales, los cuales queremos resumir en estos momentos.

¿Qué características muestra una gran universidad, tanto en la tradición antigua como en la moderna? Pues, en primer término y ante todo, tiene que ser una comunidad de estudiosos, jóvenes y viejos, que enseñan y aprenden juntos y que se dedican juntos al servicio de la humanidad en nuestros tiempos. La universidad debe ser un lugar donde se plantean todas las preguntas relevantes y donde las respuestas se elaboran en un ambiente de libertad y de investigación responsable, donde los jóvenes llegan a apreciar el gran poder de las ideas y de los ideales, donde los valores de la justicia y la caridad, la verdad y la belleza son inculcados y ejemplificados por los profesores, y donde profesores y estudiantes reflejan una profunda compasión ante las angustias del ser humano en nuestra época y una determinación de ayudar en lo posible en cada aspecto del desarrollo material, intelectual y cultural de la humanidad.

La universidad católica, si aspira a la excelencia, tiene que ser

todo esto y algo más. El Cardenal Newman afirma que es preciso tener dentro de la universidad una universalidad de conocimientos. El vocablo "católico" significa universal, y la universidad católica debe enfatizar la centralidad de la filosofía y en particular la teología entre sus preocupaciones intelectuales. La teología en la universidad católica tiene que promover la búsqueda intelectual en el máximo nivel para que pueda mantenerse en un diálogo vivo con todas las otras disciplinas dentro de la universidad.

Además, la universidad católica debe servir de puente que cruza todos los abismos que separan unos hombres o grupos de otros: la brecha entre los jóvenes y los viejos, los ricos y los pobres, los blancos y los negros, los creyentes y los descreídos, los potentes y los débiles, el Este y el Oeste, lo material y lo espiritual, el científico y el humanista, los desarrollados y los subdesarrollados, y todos los demás. Para mediar en tales casos, la universidad católica, siendo universal, debe tener un pie y un interés en ambos campos, entendiendo bien cada uno, para poder encuadrar los dos dentro de su comunidad total y para construir así un puente de comprensión y de amor. En todo esto lo esencial es la paz, no el conflicto. Sólo en una comunidad universitaria tal pueden discutir entre sí los grupos opuestos en un ambiente de civilidad, sin gritarse y acusarse mutuamente. Sólo en la comunidad universitaria puede ocurrir el diálogo racional y civil que construye puentes y no ensancha los abismos del malentendimiento.

Asimismo la universidad católica debe ser un lugar donde todas las corrientes intelectuales y morales de nuestros tiempos se concentran para recibir una consideración ponderada. Mucha necesidad tenemos hoy en día de un lugar en el cual el diálogo es civil en vez de estridente, donde todas las ideas reciben una acogida aun en el caso de no merecer una aceptación. ¿En dónde, salvo en la universidad católica, puede la

Iglesia confrontar los desafíos, las angustias y las oportunidades de nuestros tiempos?

La Esquema Trece de Vaticano II se dedicó a muchos problemas de la Iglesia en el mundo de hoy. Este documento es una invitación y no una solución. Si vamos a encontrar soluciones definitivas, hay que encontrarlas dentro de la comunidad universitaria católica que está en vivo contacto con la fe y con el mundo, con los problemas y todas las posibles soluciones, con las posibilidades y las desesperaciones del hombre moderno. En la universidad católica todo hombre sincero y pensativo debe tener una recepción civil, la oportunidad de exponer sus opiniones y la cortesía de una seria consideración de lo que dice con respecto a sus creencias o descreimientos, sus certidumbres o incertidumbres. Este lugar debe servir de seno para el intelecto inquisitivo y, cualesquier que sean las diferencias de religión, cultura, raza o nacionalidad, éste debe ser el lugar donde el amor y la civilidad controlan la conversación, el interés y el resultado. Jacques Barzun considera que la universidad es la Casa del Intelecto. La universidad católica debe ser, ante todo, dicha Casa y asimismo la casa de la civilidad y de la discusión animada en la causa de la verdad que nos une a todos en su búsqueda y en su promesa.

Todas las universidades están totalmente dedicadas hoy al desarrollo humano y al progreso humano. Este esfuerzo es, en el análisis final, una cosa frágil en sí, muchas veces llena de frustraciones y hasta desesperaciones. Aquí en el espectro total, la universidad católica sí tiene algo espectacular que ofrecer. Llámelo fe, llámelo creencia, llámelo simplemente un curso paralelo que depende de otras fuentes de fuerza, otras fuentes de sabiduría, o la creencia en una meta final que sobrepasa todo esfuerzo natural. Es por todo esto que repito que la universidad católica tiene que ser todo lo que requiere una universidad y también algo más.

En el muy breve tiempo que estoy en la República Dominicana y aquí dentro del recinto de la Universidad Católica Madre y Maestra, he podido confirmar que esta institución está encaminada certeramente en el sentido que acabo de definir como esencial para cualquier universidad católica moderna. Asombrosos son los adelantos logrados en tan pocos años y sumamente alentadora la promesa para el futuro. No puedo menos de felicitar calurosamente todos los que han contribuido en alguna forma u otra a este feliz éxito académico. Yo sé muy bien que una obra como ésta no surge sin grandes esfuerzos y sacrificios de mucha gente dedicada y poseída de una visión muy clara.

Y hay más. La fundación y el progreso de la Madre y Maestra en estos tiempos representan algo de significado enorme para todo el país. Establecida en un momento de recuperación nacional y de aspiraciones muy resueltas por la libertad, la UCMM vino también a satisfacer una necesidad nacional muy evidente en aquel entonces, a saber, una expansión de las oportunidades para la juventud del país que quisiera iniciar sus estudios a nivel universitario.

Pero el simple hecho de establecer una universidad no basta en sí, no es una garantía automática que va a convertirse en una institución de primera. De ninguna manera. Para eso es necesario una conjunción de muchos elementos y factores, cada uno de ellos realmente difícil de conseguir. Sin embargo, la ausencia de cualquier elemento o factor predestina la universidad a una categoría de segunda, a lo mejor. La institución de primera precisa, entre otras cosas, de unos líderes casi inspirados, unas personas de visión, de imaginación, de carisma preferentemente, mas a la vez de un sentido práctico muy sólido. Al hablar de líderes estoy pensando en los fundadores, los rectores, los directores, los decanos y otros funcionarios de la universidad. Y los administradores necesitan saber organizar, planificar, siempre modernizar y coordinar eficiente y exitosamente todas las actividades académicas, financieras, sociales, deportivas, etc. de la universidad.

Sobra insistir en que la capacidad de los profesores es de suma importancia. Sin maestros de verdadera dedicación y formación superior y con el talento de comunicar muy bien con sus alumnos, hasta de inspirarlos, no existe la posibilidad de alcanzar la excelencia en la universidad. En igual forma es esencial buscar un estudiantado que reúna las mejores condiciones y aptitudes tanto académicas como personales. Y de estos estudiantes cuidadosamente escogidos hay que insistir en unas normas de rendimiento bien elevadas y exigentes. Entonces queda la necesidad imperiosa de asegurar financieramente la existencia de la universidad. El que concluye que este aspecto de la operación es de poca importancia en comparación con la misión intelectual de la universidad anda muy errado y no muy al tanto de la realidad. En esto de las finanzas veo yo un triunfo muy visible del Rector y los otros dirigentes de esta Universidad. Pocas son las universidades latinoamericanas que igualan, y menos las que sobrepasan, la UCMM en cuanto a la planta física, las facilidades, los equipos y la belleza del campus. En su totalidad me parece bien impresionante la Madre y Maestra.

Por lo tanto, abrigo la certeza de que esta institución tan joven mas tan avanzada sepa cumplir la difícil misión de toda universidad católica dentro del muy exigente mundo universitario de hoy. Permítanme repetir una vez más mis mejores deseos para todos los graduandos y mi vivo placer en haber podido compartir con ustedes esta ocasión festiva y significativa. Quiero felicitar también a todos los padres de los graduandos. Esta tarde están presenciando con orgullo y - no dudarlo - cierto aire de alivio la terminación de los estudios universitarios de parte de sus queridos hijos. Y que todos vayan acompañados del amor y la paz de nuestro Señor Jesucristo.



CEREMONIA DE GRADUACION

Desfile

Himno Nacional

Discurso de Orden a cargo del Reverendo Padre Doctor Theodore Hesburgh, Presidente de la Universidad de Notre Dame, Indiana, Estados Unidos.

Entrega de diplomas y colocación de anillos.

Discurso de Esteban José Peynado Sánchez, Ingeniero Electromecánico, en nombre de los graduandos.

Himno Nacional